

císimas contra los desórdenes del apetito concupiscible. Tentado estaba Honorato, obispo de Ambiano, y celebrando un día el Sacrificio de la Misa, apareció un brazo que cogió el cáliz consagrado y le dió á beber; á partir de aquel momento dejó de sentir más las sugerencias carnales. Otro religioso, que tenía sumo cuidado de conservar la pureza de su cuerpo y alma, era horriblemente tentado de la carne por sugestión del diablo, quien deseaba hacerle desesperar porque no podía evitar todos los pecados veniales; recibió cierto día el Cuerpo del Señor Sacramentado, y quedó libre para siempre de la tentación.

Con lo expuesto he dicho lo suficiente para demostrar que la Divina Eucaristía es poderosísima contra el mundo, demonio y carne. Réstanos ser devotos del Sacramento Santísimo, visitarle, comulgar é invocar su santo nombre con frecuencia, para experimentar en nosotros los beneficios eucarísticos.

EJEMPLO

«En Sebastopol, un coronel francés, recibida la orden de salvar un reducto, se lanzó en medio de las metralas y bayonetas, y con invencible arrojo tomó una batería. Maravillado el general, díjole delante del estado mayor:—Coronel, admiro vuestra sangre fría. ¿Cómo habéis podido conservar tanta serenidad en tan gran peligro?—Mi general, respondió el coronel; yo recibí la santa Comunion esta mañana. *Cat. du F. Philippe.*



XIX

Unión del hombre con Dios mediante la Santa Eucaristía.

Qui manducat meam carnem, et bibit meum sanguinem, in me manet, et ego in illo.

El que come mi cuerpo y bebe mi sangre está en mí y yo en él.

JOAN., VI, V. 57.

1. Si para escribir debidamente de la Eucaristía necesario fuera poseer facultades angélicas, para expresarse convenientemente de la admirable unión del Sacramento con el alma comulgante, preciso fuera haber agotado los senos infinitos. Por esta razón quisiera, más que nunca, reunir ahora la irresistible dialéctica de los Agustinos, la arrebatadora elocuencia de los Crisóstomos, la maravillosa profundidad de los Gregorios, el divino fervor de los Jerónimos, la célica dulzura de los Bernardos, la eficaz persuasión de los Tomases, y la invencible sutileza de los Escotos. Y no lo habría conseguido todo, porque la pluma de estos poderosos númenes quedaron encogidas, y sus lenguas enmudecieron ante las encantadoras bellezas del Sacramento Santísimo, pudiéndonos decir únicamente que la Divina Eucaristía es inefable, y que el endiosamiento que produce en el alma es incomprendible.

2. No hay señal empero, que declare mejor la realidad de la unión de Jesucristo con el alma, mediante el Sa-

ramento, ni las dulzuras que se perciben por esta unión inefable que el silencio y el sueño. El Eterno ha querido que la manera de apreciar los regalos espirituales tenga cierta afinidad con el modo de estimar los del cuerpo. He ahí por qué la Esposa de los Cánticos, en uno de sus amorosos deliquios, diga á sus compañeras: «Conjúroos, hijas de Jerusalén, que no despertéis á la amada hasta que ella quiera.» Cuando aquella Esposa hubo conseguido la posesión del celestial Esposo temía por desasirse de Él y buscaba un rato de reposo; y no otra cosa pretende un buen cristiano que ha recibido con fervor el Sacramento del Altar. La suavidad dulcísima á que me refiero es producida por la unión de nuestra alma con el Cuerpo de Jesucristo. Si mucho alcanzamos del Salvador eucarístico es por medio de esta divina Unión, pudiendo el cristiano que comulga, repetir entonces con el Sabio: «Me vinieron con ella todos los bienes.» Y si el rey Sabio obtuvo con la Sabiduría todos los bienes, los cristianos que comulgamos obtenemos con la Eucaristía, Sabiduría eterna, no ya todos los bienes, sino la quinta esencia de su dulzura.

He ahí por qué he pensado ocuparme de este delicado asunto, distribuyéndolo para su mejor estudio en dos partes: 1.^a *Unión del hombre con Dios por medio de la santa Eucaristía*; 2.^a *Riquezas y dulzuras percibidas por esta unión.*

§. I.

3. La unión, tratándose de seres inteligentes, es una trabazón, una junta ó fusión que reconoce por base el amor. En primer lugar debemos hablar de la que podíamos llamar Unión substancial divina. Confiesa la Iglesia Católica que en Dios, Ser único en número, é infinito en toda clase de perfecciones, hay tres Personas adorables, realmente distintas, cuyo Misterio denominamos: Augusta Trinidad. Entre estas divinas Personas existe una trabazón tal, que las tres sin dejar de ser lo que son, constituyen un solo Dios. Una es la Persona del Padre, dice la fe, otra la del Hijo y otra

la del Espíritu Santo; pero una sola y la misma divinidad, una sola y la misma gloria, una sola y la propia Majestad son las del Padre, las del Hijo y las del Espíritu Santo. Las tres Personas son eternas, increadas é inmensas, y no obstante uno solo es el Eterno, el Increado y el Inmenso. ¡Qué maravillas tan estupendas! Mas ¡qué unión tan íntima, tan alta, tan incomprensible y al propio tiempo tan real como la que existe entre las tres Divinas Personas!

4. En la hermosa escala de las uniones viene en pos de la anterior la hipostática, ó sea la unión de la Naturaleza divina con la naturaleza humana. Que el Verbo de Dios se una tan estrechamente á la humana naturaleza, en una sola Persona divina, y que este supuesto, Jesucristo, tenga dos naturalezas, y por consiguiente, dos entendimientos, dos voluntades divinos y humanos, y que ambas operaciones estén vinculadas en un solo sujeto, en el que se armonicen perfectamente, y que á no persuadirlo la fe, aseguraríamos que en ese Divino supuesto hay una sola naturaleza, esto es lo más sublime que puede concebirse, al propio tiempo que humilla nuestro entendimiento hasta lo profundo.

Los psicólogos no han podido dar todavía explicación suficiente de la unión real del alma con el cuerpo en el supuesto humano. Diversas hipótesis, innumerables teorías, infinitos errores se han emitido para aclarar el hecho en cuestión, pero su resultado práctico es que la referida unión es un prodigio. Que una substancia simple ó espiritual esté íntimamente unida á otra substancia compuesta ó corporal, tan diversas en su esencia, y que entre ambas existan relaciones de reciprocidad tan estrechas, de suerte que con la acción de las dos á la par resulte la bella armonía del organismo humano, esto es también magnífico, admirable.

Hay una unión, que podíamos denominar de amor, y consiste en la estrecha alianza del alma humana con el Espíritu Santo, mediante su gracia. Por esta unión el Espíritu divino baja por caridad, y hasta personalmente al espíritu del hombre, como enseña S. Pablo (1): La caridad de Dios, dice,

(1) Ad Rom., V, 5.

está difundida en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado; y como afirma Jesucristo (1): Vendremos y haremos una mansión en el corazón de los justos; y esta unión dichosísima, que excede á toda inteligencia, es tan íntima y perfecta que el alma parece reflejo de la Divinidad; algunas veces llega esta unión á tal estado de perfeccionamiento que no parece sino que el espíritu humano ha quedado fundido en el divino, que el humano espíritu se ha transformado en Dios.

Nada digamos de la matrimonial unión, comprensible al humano entendimiento, pero siempre santa y admirable, por cuanto es bendecida por Jesucristo para los fines altísimos de la conservación del mundo; ni hagamos mención de otras clases de uniones inferiores siempre á ésta, y que para el objeto presente nada importan: entremos, si, á investigar la unión sacramental, la hermosa alianza del alma cristiana con Jesucristo Sacramentado que, siendo superior á la matrimonial y aún á la del cuerpo con el alma humanos por su dignidad, aunque no por su continuidad respecto de la última, nos ha de prestar motivos poderosos para ponderarla, y bendecir por ella al Hombre-Dios que la produce.

5. Dije que la unión de los seres inteligentes reconoce por base el amor, y que el amor la rige. Todo amor tiende ciertamente á la unión perfecta, á fundir el objeto amado consigo. He ahí por qué el acto supremo por el cual el Hombre-Dios entra Sacramentado en el alma bien dispuesta, es una verdadera y perfecta unión que reconoce por base el amor eterno de Jesucristo hacia el hombre; el amor le movió á instituir el adorable Sacramento; el amor sostiene al Hombre-Dios aprisionado en los estrechos límites de la Hostia inmaculada; el amor le impulsa á darse en mantenimiento del hombre. Un amor semejante, eterno y vehemente, sufrido y humilde no podía por menos de obrar prodigios estupendos: produjo en efecto la unión del alma cristiana con Jesucristo Sacramentado.

Conformes con estas ideas están las textuales palabras

(1) Joan., XIV, 23.

del Salvador: «El que come mi carne y bebe mi sangre en mí permanece y yo en él.» Y ¿en qué consiste esta dulce permanencia sino en la íntima unión de nuestra frágil alma con el alma santísima de Jesucristo, de nuestro débil cuerpo con el Cuerpo glorificado de Jesucristo, de nuestro pobre ser con el Ser y con la Divinidad adorables de Jesucristo? No se arguya que la Eucaristía es un manjar espiritual, porque notorio es que los bienes del espíritu redundan en bienes del cuerpo; por manera que los carismas otorgados por la unión del Salvador con nuestro espíritu, envuelven, á modo de hermosa luz, el cuerpo humano.

El Hombre-Dios manifestó á su pueblo el deseo grande que tenía de la unión que nos ocupa; quería que ésta fuese estrecha y duradera. Quiero que donde yo esté también estéis vosotros, decía á su Padre (1). Mi Padre y yo vendremos á vosotros y haremos mansión en vuestra alma (2), aseguraba en otra no menos célebre ocasión. ¿Para qué? Oigamos al Apóstol que responde satisfactoriamente: Para que todos los que participemos del Pan eucarístico formemos un Cuerpo con Jesucristo (3).

6. Los Concilios y los santos Padres no son menos terminantes respecto de esta doctrina. El Florentino asegura que el efecto que el Sacramento del Altar obra en el alma del que dignamente le recibe es unir é incorporarla con su mismo Dios (4); y el Tridentino añade que el Redentor quiso instituir este santo Misterio como espiritual refección de las almas para que, ingerido, se uniesen á ellas las propiedades de tan riquísimo alimento (5).

S. Ignacio mártir le designa Manjar incorruptible que obra en el alma los mismos efectos que el manjar corruptible en el cuerpo (6). Tertuliano dice que esta celestial Comida nos hace un individuo con Cristo (7). S. Cirilo enseña

(1) Joan. XII, 26.

(2) Id. XIV, 23.

(3) I Cor. X, 17.

(4) Cap. De Sacram. Euchar.

(5) Sess. XIII, cap. 11.

(6) Ep. ad. Rom.

(7) Lib. de orat.

que nos transforma en otros cristos y nos vuelve sus consanguíneos (1). S. Gregorio Niseno añade que la Comunión es una deificación de nuestra naturaleza (2). S. Cipriano declara que esta purísima Vianda nos fraterniza con Jesús (3). S. Dionisio no titubea en afirmar que nos hace participantes de la substancia divina (4). S. Juan Crisóstomo consigna que es otra encarnación en nuestras almas, y S. Gregorio Nacianceno llega á escribir que es una masa que transforma á las demás en semejantes á sí. Todos los Padres en general son de parecer que Jesucristo Sacramentado nos atrae y estrecha y une á sí y nos mezcla y funde consigo, atreviéndose á decir el Crisóstomo: «Por esta transformación admirable puedo yo gloriarme de no ser polvo y ceniza. Yo vivo en Dios, vivo de Dios, vivo por Dios; mas no: yo me engaño, yo no vivo sino que Dios vive en mí. La criatura desaparece, su operación cesa. Jesucristo es quien piensa, quien quiere, quien habla, quien obra en ella y por ella.»

¶ Si á todas estas bellas afirmaciones añadimos las apropiadas semejanzas que los Padres y Doctores han inventado para realzar la admirable unión existente entre Cristo Sacramentado y el alma, acabaré de dar la última pincelada al cuadro que me he propuesto dibujar. S. Pablo enseña que la mencionada unión es como el brazo unido á la cabeza que con ella forma un solo cuerpo (5). S. Cirilo la compara á dos gotas de cera derretidas, perfectamente mezcladas. S. Pascasio, á una gota de agua mezclada en el vino. S. Gregorio Niseno, á la levadura que se extiende íntimamente por toda la masa. S. Juan Damasceno, al hierro compenetrado del fuego; y Sto. Tomás de Aquino, al vástago que, injerto en el árbol, se anima, da jugo, se une á su tronco y produce su fruto preciosísimo.

Mas no hemos de tomar al pie de la letra las locuciones usadas por los Santos Padres para expresar la unión de

- (1) Catheq. 4.
 (2) Orat. catheq. 38.
 (3) De coena Domini.
 (4) De Eccles. hierarq. 3.
 (5) I Cor., X, 17.

que nos ocupamos; porque en verdad, aunque la han ponderado sabiamente, debemos creer que dicha unión no es hipostática, ni substancial en todo el rigor de la palabra, principalmente después que las especies sacramentales quedan destruídas en nuestro organismo, sino que Jesucristo se junta á nosotros con unión amorosa, sublime, inefable, aunque perfecta, dejándonos por ella sus gracias y tesoros.

§. II.

S. La raíz, empero, y el fundamento de que el cristiano obtenga tantos favores por medio de la Comunión es debido á su unión con Jesucristo Sacramentado. Por esto reflexiona S. Buenaventura: «Como este Sacramento sea de unión, su efecto primordial es unir, ó unir más, pero no unir de nuevo, antes bien unir más á los que antes estaban unidos. Empero el unir más se considera de tres modos: ó porque uno se une con mayor vínculo, como aquél se une más que posee mayor caridad; ó porque el mismo vínculo se une más estrechamente, como aquél que según el mismo hábito ama con mayor fervor; ó también porque dicho vínculo queda más fuerte, como aquél que en el propio hábito más se ha radicado. Se dice, pues, que este Sacramento une más, porque al que se llega digno le vuelve más fervoroso; se dice que concede una caridad más ferviente en cuanto que ayuda á destruir el pecado venial; y se dice que radica más en el alma, en cuanto que ayuda á evitar todos los pecados mortales; por manera que aumenta las virtudes, mayormente la caridad que es el vínculo de nuestra alma con Cristo (1).»

«En el supremo grado de la contemplación, escribe S. Dionisio, se pone la unión por la cual el entendimiento se ilumina con grande humildad, contemplando la presencia de Dios, amigo suyo, en sí mismo, y despiértase en el apetito sensitivo é intelectual un ferviente amor con gran dulzura y delectación, que se llama unión actual con el amigo presente (2).» Añade el célebre P. Crasset que, así como este Sa-

- (1) In. 4.
 (2) Cap. 4 de Eccles. hierarq.

cramento es un afecto de amor, así produce amor; el alma por la Comunión ve y posee á su amado, se alegra de su presencia, le admite dentro de su corazón, se llena de sus gracias, recibe señales sensibles de amor, se enriquece de sus méritos, gusta y bebe de las dulzuras en su fuente, le encierra dentro de sí mismo, le abraza, le habla, le escucha y se transforma en Él (1).»

9. ¿Qué es lo que no obtendrá un alma por medio de la Comunión? S. Pablo asegura que si el Padre nos entregó á su propio Hijo y con Él nos dió todos los bienes, ¿cuáles no recibirá el cristiano á quien no solamente se le entrega Jesucristo, sino que se une estrechamente con Él? Todos los carismas celestiales se nos conceden con la posesión del Salvador; al transformarnos en Él, al fundirnos en su naturaleza divina, quedamos endiosados; todo lo hemos conseguido menos la impecabilidad, fruto vedado en el destierro de esta vida. Procuremos unirnos tan íntimamente con el Hombre-Dios Sacramentado que podamos llegarnos, como la Esposa, al beso de su boca, y á no desasirnos de Él hasta que le gocemos para siempre en el cielo.

EJEMPLO

El Ilmo. P. José Jiménez Samaniego refiere un caso peregrino sucedido repetidas veces á la V. Madre María Jesús de Ágreda, que corrobora la doctrina expuesta. Afirma que casi siempre que esta virgen comulgaba, después que recibía la divina Hostia, se anegaba en profundo y largo raptó. Durante el espiritual accidente se elevaba algunos palmos sobre el suelo, y lo más extraño era que se le habían comunicado las propiedades imponderables del Cuerpo glorioso del Salvador, ya que, ligera como una pluma, era llevada por las religiosas de un lugar á otro del convento. Las celestiales dulzuras que experimentaba eran tantas que, despierta ya del prolongado éxtasis, solía exclamar como S. Pablo, que se consideraba impotente para referirlas.

(1) Loc. cit.

SECCIÓN III

II

PROPIEDADES Y EFECTOS DE LA SANTA EUCARISTÍA CONSIDERADA COMO SACRIFICIO

XX

La santa Misa es un Sacrificio latréutico y eucarístico

Hoc facite in meam commemorationem.
Haced esto en memoria de mí.
LUC. XXII, 19.

Un Dios Hombre que desea inmolarsé por la racional criatura. Un Dios Hombre que se sacrifica constantemente por la salvación de la misma. Un Dios Hombre que no ha perdonado medio para que la víctima, el ministro y el fruto del Sacrificio fuesen tan dignos como sencillos y se vinculasen en un solo sujeto: he aquí tres ideas bellísimas que engolfan al espíritu humano en la dulce contemplación de las bondades divinas.

1. Volved si no la vista al terrenal paraíso donde el hombre conculca por vez primera el mandato divino; allí mismo es donde también el Altísimo sacrifica por vez primera su dignidad; y si á una tercera parte de los bellos ángeles con-